

Los verdugos siguen allí. Los asesinos esperan sólo el tiempo de la revancha, esperan el regreso de la época que les permitirá reinstalar los campos de concentración y llenarlos para aplicar los progresos de su ciencia de exterminio.

El juicio de Eichmann debe producir inquietudes. Ojalá que al final de ese viaje al fondo de la noche que nos han obligado a hacer, el mundo no encon-

trara su tranquilidad de conciencia, su confianza inexplicable en la justicia y en el regreso de los verdugos y asesinos al buen camino.

Las cosas nunca cambian solas. Pero no son las avestruces que se ciegan a sí mismas las que van a cambiarlas. Es necesaria toda la voluntad de los hombres, la voluntad de todos los hombres, de cada hombre para eliminar el crimen y la injusticia.

posición comunista en lo internacional y en lo interno.

Con esta ruptura, son seis —acompañando a los Estados Unidos— los países latinoamericanos que han roto relaciones con Cuba. Varios de ellos tienden un cerco físico en el Caribe, alrededor del lazareto isleño.

Son Haití, la Dominicana del generalísimo Trujillo, la Nicaragua de Somoza, la Guatemala de Ydígoras Fuentes (en cuya localidad de Retalhuleu, según ha publicado *The New York Times* instructores de los Estados Unidos y truculentos intérpretes rusos adiestran a una fuerza de choque e invasión), el Perú del doctor Prado y —¿cómo podía faltar?— el Paraguay del general Stroessner.

DOCUMENTOS

LA OLA DE SIMPLISMO SE LLEVA TODO

Por Carlos MARTÍNEZ MORENO

A ESTA ALTURA, cuando los hechos han pasado del ámbito internacional a las calles de Montevideo, lo que originariamente era el centro de la cuestión cuenta sólo como su punto de arranque. Es, con todo, el origen del presente clima de tensión, que hay quien aviva sin cesar entre nosotros.

En los últimos días de su reinado de ocho años, la administración republicana llegó a la ruptura de relaciones diplomáticas con Cuba. A muy pocos días de que el poder cambiara de manos y de partido, Eisenhower —prescindiendo de la OEA, prescindiendo de las reuniones de consulta de cancilleres— decidió romper con Cuba, sobre el episodio concreto de la limitación del personal diplomático de los Estados Unidos en La Habana. El planteamiento era similar al que nuestra prensa sostiene que deberíamos hacerle al gobierno de Moscú, en términos de estricta reciprocidad: idéntico número de diplomáticos e iguales limitaciones de desplazamiento en ambas sedes.

El gobierno de Washington rompió, pues relaciones, adelantándose a la asunción del mando por John F. Kennedy; y

éste subrayó que los actos llevados a cabo en ese sentido eran de entera responsabilidad de la administración que finaba. El alcance de futuro que puede tener esta constancia es aún materia conjetural. Pero no deja de tener significación, en el cuadro de los hechos por venir.

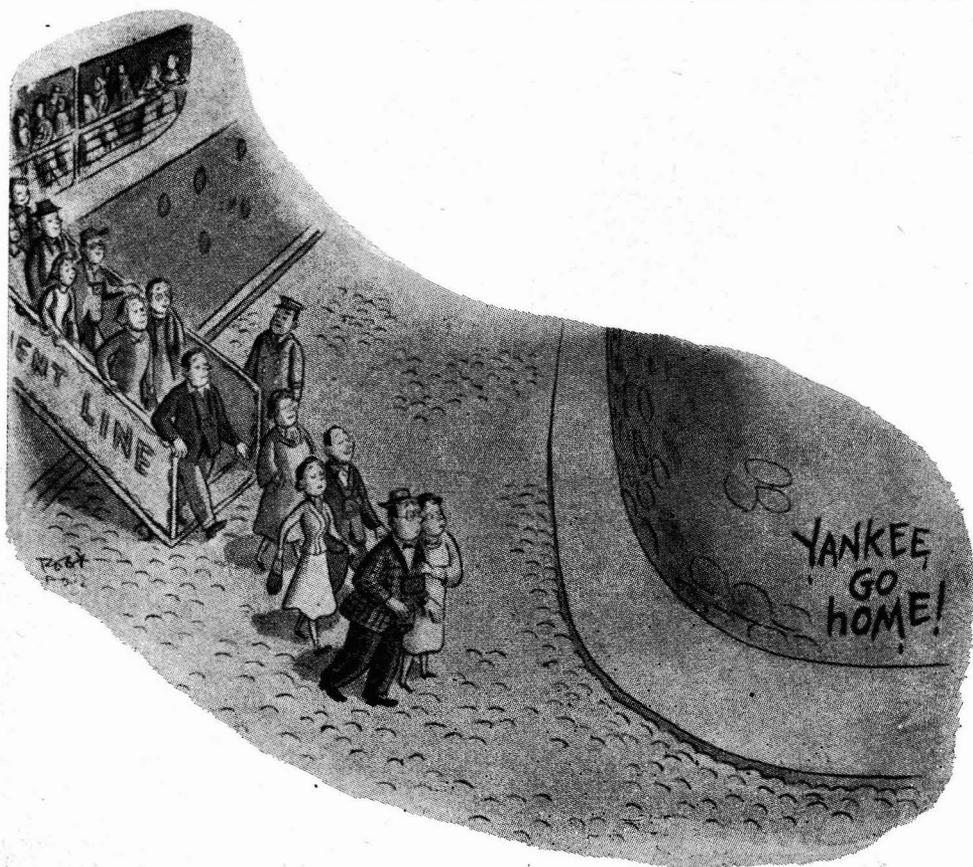
La ruptura de Estados Unidos fue seguida casi inmediatamente por la del Perú; el gobierno de Prado era el que había demostrado estar primero en la línea de interpretación oficiosa del pensamiento "panamericano" manejado desde la Casa Blanca, en ocasión de la conferencia de Costa Rica. La ruptura fue pretextada en actos de ingerencia política y propagandística de los representantes cubanos acreditados en Lima; es el mismo argumento que se ensaya, uno por uno, en todos los países de América, con la ilustración conocida del episodio de la valija diplomática abierta en Buenos Aires, las incidencias en Panamá y Venezuela, etc.

Producida la ruptura, el Poder Legislativo aprobó en Perú el estatuto de ilegalidad del partido comunista. Son dos etapas de la misma operación, de la vinculación intencionada del caso cubano a la

Entre tanto esto sucedía, los cables extranjeros mencionaban al Uruguay como el otro Estado inclinado a una posición rupturista. Los días pasados desde este anuncio, y las últimas noticias, de algún modo diluyen la perspectiva inmediata de que tengamos el triste honor de entrar tan rápidamente en la fila. Pero como se ha venido a poner en tela de juicio todo el proceso de los hechos, es bueno reseñar objetivamente lo que en un primer momento se dijo.

El embajador de nuestro gobierno ante el de Washington, señor Clulow, llegó —unos días antes de la ruptura norteamericana con Cuba— a nuestro país. Y la prensa —no la prensa comunista, sino la otra— informó que el embajador había traído consigo un memorándum confidencial del gobierno de los Estados Unidos en el que se decía que los cubanos tenían en construcción diecisiete rampas para el lanzamiento de proyectiles teledirigidos. Por el momento, se agregaba, esa construcción se ha paralizado. Pero en cuanto se continúe, los Estados Unidos encaran la adopción de las medidas más drásticas, incluida la invasión de la isla.

Hay gobernantes uruguayos que son abiertamente partidarios de la ruptura, y lo dicen. Luego de rumorearse que el Uruguay encaraba romper con Cuba, se sustituyó esa versión por otra; el gobierno no era partidario de asumir, en esta materia tan escabrosa, actitudes unilaterales. En cambio, emitiría una declaración. A la hora en que escribimos, parece haberse zanjado la cuestión en estos términos: nuestro gobierno no rompe con el de Cuba pero, en cambio, se apresta a declarar persona no grata al embajador García Incháustegui, por supuesta ingerencia en asuntos internos del país. Es la otra variante en el repertorio de las soluciones de moda. García Incháustegui no es comunista; es un revolucionario cubano ferviente y límpido; cuida al extremo las limitaciones a que lo sujeta su investidura, en un medio en el que sabe que se le espía. Se ha dicho que se le considera vinculado a los sucesos del martes. La enormidad es tal que juzga a quienes la profieren. Su alejamiento es un triunfo de las fuerzas que, en lo interno y en lo externo, presionan al gobierno para que adopte medidas contra Cuba. Acaso, sea para ellas una satisfacción a medias. Pero la propaganda ya sabrá magnificarla.



—The New Yorker

Cuba ha sido, a pesar del mantenimiento formal de desganadas y recelosas relaciones diplomáticas con ella, por parte de los restantes catorce Estados latinoamericanos, aislada del continente a que

pertenece. Ese aislamiento es un hecho, desde la conferencia de Costa Rica. En la medida en que la Revolución Cubana se haya aproximado desde entonces a potencias extracontinentales —que podrían hacerla jugar como un peón en la guerra fría y, llegado el momento, cambiarla por Laos o por cualquier objetivo estratégico de esta paz atómica— ese resultado enjuicia la insolidaridad de América Latina con Cuba. No la miopía de los pueblos sino su mediatización, por gobiernos que son en mayor medida los ejecutores de los propósitos de una clase social que los custodios de la posibilidad de surgimiento de un mundo nuevo. Con ellos, este continente seguirá siendo el de la incomunicación y el subdesarrollo, como valores negativos fomentados por quienes temen que, a la altura actual de su evolución, una comunidad de pueblos de América sea tanto o más engorrosa, tanto o más immanejable que la de los pueblos del África.

La identificación simplista entre la Revolución Cubana y los fines del comunismo internacional, va a más. Trata de negar la posibilidad revolucionaria nacional en el cuadro de los países latinoamericanos. Los que no se hayan desmemoriado del todo, en medio a la avalancha de idiotismos a que cada día debe ponerse el pecho, si se aspira a vivir como ser pensante, recordarán que los revolucionarios de Bolivia fueron también, en su hora, comunistas; y que los anticolonialistas de la Guayana inglesa también lo fueron. Y recordarán que, en una fase anterior, esos mismos revolucionarios del M. N. R. habían sido nazis, y nazi había sido el coronel Gualberto Villarroel, cuando el comdín más creíble para suscitar un horror anterior a todo examen y obstativo al pensamiento, era el que suscitaba la imputación de nazismo.

Cualquier forma de rebelión, de insatisfacción, de inconformismo, de reformismo social se llamará en adelante comunismo en América Latina. Quienes así lo editan, en el pánico de que esté declinando un orden social al que tienen por perfecto, ignoran de qué manera están sirviendo, a larga data, al comunismo, haciéndolo depositario ostensible de banderas que no son suyas, atribuyéndole un papel de futuro que está en la entraña de movimientos nacionales a darse en el continente.

A fuerza de una abrumadora propaganda de prensa y radio, las gentes sencillas que quieren su paz han acabado por recibir la moneda. Quien dice ciertas cosas —quien habla del subdesarrollo o alude a condiciones de infraconsumo, de miseria o (en la otra cara de la medalla) de feudalismo, de monocultivo o de latifundio— es comunista, sin apelación posible. La ola de simplismo se lleva todo. Las mismas cosas que nuestra prensa más circulada dijo en defensa de la República Española, hoy serían la típica encarnación del verbo comunista. Es necesario falsificar, simplificar y acusar; a cuenta de la democracia, están por convencernos de que es ilícito pensar, si pensar lleva a disentir, a dar contra las verdades de ese totalitarismo, de esa uniformación mental, de esa regimentación en nombre de una filosofía política a la que, con tales estados de ánimo, se dice servir al tiempo que se la niega.

En nuestro país, como en otros de América Latina, ese aparato de la propaganda "democrática" tiene vastísimas posibilidades: amplio, excluyente acceso a los más

poderosos medios de difusión, y dinero, dinero a raudales. Todos los días nacen entidades con sus siglas, que pueden editar su propaganda con profusión, que mantienen periódicos que a la gente independiente le sería imposible financiar, que organizan actos, etc. ¿Quiénes son? Con singularísimas excepciones, quienes están al frente —y denuncian, propagan anatemas, editan index, apañan instituciones y las manejan— son desconocidos



—The New Yorker

No entiendo muy bien. Dígame otra vez qué países tienen dictadores de nuestro gusto.

o casi desconocidos. Rara vez se ve en la primera línea a un político con su carrera hecha. La lucha que se dirige públicamente contra el comunismo — y en realidad contra toda forma de pensamiento político de izquierda, por independiente que sea del comunismo, a esta altura, una forma de entrar en la liza, de ocupar posiciones de base.

Todos esos movimientos aparecen volcados a la acción. Predican una actitud de defensa activa, que es beligerancia,



—Herblock in "The Herbblock Book" (Beacon).

¡Fuego!

frente al comunismo y —como potencia a temer dentro del país— frente a lo que llaman "el castrismo".

Tales fuerzas beligerantes estuvieron implicadas en el asalto a la Universidad, una vez que se descubrió que los estudiantes eran una amenaza de subversión social. Y están, de principio, dispuestas a dar su batalla, desde el papel de que

disponen con largueza y hasta los apoyos que tienen para organizarse como fuerza de choque.

Todos esos movimientos de intransigencia y militancia entera en nombre de la democracia, son rupturistas, actúan para presionar a que se adopten medidas extremas, las piden cada mañana. Se parecen a la Jeune Nation francesa, son un brote de fascismo en las consignas, en las maneras, en los objetivos. De los *slogans* contra Castro y contra el comunismo, pasan —más genéricamente y sintomáticamente— a denunciar como agitación social reprimible cualquier forma de rebeldía de las que, en un orden democrático bien sentido y querido, no puede abominarse. La de los estudiantes, por ejemplo.

El martes último, con enorme publicidad, tales fuerzas organizaron un acto de repudio al comunismo y a la Revolución Cubana. En el curso de una concentración multitudinaria se escucharía a unos magistrados cubanos hoy en el exilio, esos curiosos desterrados con posibilidades discrecionales de onerosa locomoción continental, que delinean la característica de lujosa proscripción a que condena hoy ser enemigo de Fidel Castro.

Cualquier persona medianamente enterada de lo que está ocurriendo, de lo que se está queriendo que ocurra en el país, podía saber que ese acto obligaba a precauciones simples, circunscritas, pero indeclinables. La Universidad por un lado, la sede del partido comunista por otro deberían haber sido custodiadas para que, de ningún modo, se produjeran allí episodios semejantes al del frustrado asalto a la Facultad de Derecho, de poco tiempo atrás. La concentración anticomunista tenía —además— un punto previamente asignado: se apostaba en la Plaza Independencia. De ahí a Sierra y Uruguay, sede del partido comunista o de ahí a la Universidad, hay un largo trecho. Nadie explicará —en medio a la información ciegamente embanderada que se ha dado de los hechos de anteaer—, cómo la concentración se desplazó, por qué para ir desde la Plaza a un Palacio Legislativo (en receso) debía pasarse por la Universidad y por la calle Sierra, ni cómo la policía no pudo cortar el paso de los manifestantes y aislar la sede del comunismo, impidiendo que ocurriese allí la previsible colisión.

Tal aislamiento, que la policía sabe hacer cuando se trata de estudiantes, no se produjo. La refriega, en cambio, sí se produjo y a esta altura hay que lamentar un muerto, además de varios heridos. Un muerto que el orden policial pudo evitar, un muerto que tal vez será utilizado para pedir represiones, proscripciones, declaraciones de fuera de la ley; un muerto que, de todos modos, nadie devolverá a los suyos por hacerlo mártir para un consumo de circunstancias.

Sería increíble que eso hubiera sucedido, si se pensara que los responsables de evitarlo realmente lo quisieron evitar. Pero el clima irresistible de opinión pública, el clima de trágico simplismo que alguien está queriendo preparar en el país (y días pasados un diario gubernista profetizaba que el proyecto de reglamentación sindical resurgirá pronto) exigía esta dolorosa cosecha de anteaer y ya la tiene.

Ahora ha sido allanada la sede de un partido político, ahora ha sido allanada la sede de la Federación de Estudiantes, ahora está abierto el camino posible para atacar de frente —como otras iniciativas

ya están haciéndolo— a la Universidad, etc., etc.

La reacción se ve venir en este país, desde hace un par de años. Tomará fuerzas con todo este aparato, con toda esta sangrienta escenificación. Y ya vendrán días peores.

El comunismo juega, en todo instante de la historia del mundo y de cada país, sus propias cartas, su juego oportunista. Todos sabemos que en estos momentos estaba empeñado en dar la nota de la prudencia, temeroso de que sus actitudes o los hechos, volviéndose contra él, le depa- raran el estatuto de ilegalidad que otros le prometen día por día.

Cuando Eisenhower pasó por Montevideo, el 2 de marzo del año pasado, el comunismo se adelantó a ofrecer explícitamente seguridades de orden, ese orden del que ahora otros quieren extraerlo primero para proscribirlo después.

No es la suerte política del comunismo una materia que incumba a nadie más que a él. Pero una democracia se niega a sí misma cuando, en el libre juego, niega una posibilidad de existir a otros. Toda hipocresía conceptual, en ese camino, acaba por pagarse con usura, en una con-

versión —más o menos insensible— hacia el autoritarismo. Además —y aunque sólo fuera por esto— vivimos en un orden cuyos plumíferos y rectores han empezado a llamar comunismo a todo lo que no les gusta, a todo aquello cuya independencia de juicio y de expresión les estorba. Montada la máquina, ya sabemos cómo se usará; sabiendo además quiénes desean que la máquina se monte, y en la víspera de qué días oscuros para la vida del común de las gentes eso sucederá, también puede preverse lo que tal comprensión de la democracia querrá decir.

La historia demuestra que la excomuni- ón favorece a la larga a los excomulgados, les confiere un halo de simpatía que es propio de la persecución, los afirma y aglutina aún más. Pero en nombre de la prohibición vienen las uniformaciones, los unanimismos, los pujos de reacción. Que es el país de más evolucionada democracia política de América Latina eso esté por suceder, es sintomático del fenómeno de enrarecimiento moral y de insinceridad que está aposentado en extensas zonas del civismo del país. Y eso es lo más desolador.

Aguardemos, pues, que ese muerto que

la imprevisión (o el eventual consentimiento) del poder policial dejó que se diera, sea utilizado para exacerbar un tipo de rigores que está asomando peligrosamente, en medio a la indiferencia, a la frivolidad o al aplauso de muchos. En tanto el episodio de la Universidad y la participación que en ese frustrado *putsch* hayan tenido funcionarios policiales siguen sin aclararse, preparémonos para que culmine este clima de oprobiosa jibarización que se cierne en este nuestro país, tan inquebrantablemente institucionalista en las formas. (El desaforado parte policial de los hechos del martes no deja dudas acerca de cuál es el espíritu de la policía.)

Mientras el tiempo diga en definitiva si América tiene, dentro de sí, fuerzas para ganar la batalla que hoy se libra entre su poderosa negación y su escarnecida esperanza, nosotros estamos abocados, en lo más chico, a que otros ejerzan el quehacer sanitario del maccarthysmo y la "limpieza". Un quehacer que, ahora que la sangre se ha dejado venir, tiene las puertas abiertas.

—Tomado de *Marcha*, Uruguay, enero de 1961.

M U S I C A

Por Jesús BAL Y GAY

UN NUEVO INSTRUMENTO DE ANÁLISIS

II

COMO YA advertí en el artículo anterior, no creo que la nueva *Teoría de la Información* sirva de mucho al compositor a la hora de crear una obra. Ni tampoco al analista musical que pretenda determinar la potencia que creó una determinada música. Como escribió Paul Valéry al tratar de la creación poética, no podemos hablar de la creación poética, ni de *Pegasos de vapor* ni de *Pegasos-hora*. Pero si esa nueva teoría puede servirnos, si la aplicamos a la música, para aclarar ciertas realidades hasta ahora muy oscuras o, cuando menos, para darles un nombre de que hasta ahora carecieron.

La *información* que emana de una obra musical, lo que hasta ahora habíamos llamado su *novedad*, su *singularidad*, su *sorpresa*, etc., es una cantidad variable, en la determinación de la cual interviene no sólo el transmisor —o sea, la obra misma— sino también el receptor, que es el oyente. Dicho de otro modo: la información depende, en parte, de la expectativa. La entropía —esto es, el promedio de información— de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven, por ejemplo, variará

entre el máximo posible —denominado *dinamismo*— y un mínimo que puede aproximarse mucho a cero, es decir, a lo que en esta nueva teoría se denomina *estatismo*, según que quien la escuche sea un rústico que en su vida oyó música culta o un buen aficionado entusiasta de Beethoven, porque para el primero todo cuanto en ella suena resultará imprevisible, mientras que para el segundo nada lo co- gerá de nuevo.

Por lo mismo, también, lo que para unos es una música deleitosa, para otros resulta una música ramplona: todo dependerá de cuán educados estén sus respectivos oídos, que es tanto como decir cuál sea el sentido de su expectativa. Un gusto musical bien cultivado no tolera una frase melódica como la del ejemplo 1 —un motivo que se repite y a cada repetición desciende un grado de la escala—, mientras que para el pueblo inculto esa misma frase es un encanto cuando la oye o la canta como melodía de un romance cualquiera. Todo depende de que para aquél la información que hay en ella es casi nula, ya que coincide casi por completo con la expectativa, mientras que para éste —oyente sin refinamientos, sin nor-

mas de estética musical— la expectativa es mucho más ingenua o elemental y, por tanto, más rica la entropía de la frase melódica.

El análisis de la información que pueda haber en una obra musical se ha de efectuar en todos y cada uno de los planos en que se da la música: altura, intensidad y timbre de los sonidos, estructura de la melodía, armonía explícita o implícita de la frase, ritmo, etc. Por supuesto que el oyente, sobre todo si escucha la obra por primera vez, no será capaz de captar toda la información que hay en cada uno de esos planos. De ahí que le resulte más interesante y grata la segunda o la enésima audición que la primera.

Una obra que, por lo fácil, puede servir muy bien de ejemplo de cómo determinar la entropía musical es el *Bolero* de Ravel. En varios de sus planos la información es sumamente baja, por no decir nula. Según el gusto y la mentalidad de quien la escuche, esa música es monótona o abunda en variedad. Aquí se confirma lo que dije acerca del factor expectativa como co-determinante de la entropía. Tenemos, en primer lugar, una frase —o más bien, dos— que se repiten invariablemente. Esto parece indicar una cantidad de información casi nula. No lo es tanto, sin embargo, ya que esas frases, por su longitud y su estructura motivica, son capaces de emitir nueva información cada vez que reaparecen: no son de las que fácilmente se pegan al oído, como suele decirse. Luego tenemos el ritmo, que, desde que lo establece el tambor primero, permanecerá invariable hasta el último compás de la obra. En el plano armónico y en el tonal tampoco encontraremos una cantidad apreciable de información, una vez que la música está en marcha: las funciones armónicas son siempre las mismas y la tonalidad, siempre la de Do mayor, excepto hacia el final, en que se desplaza momentáneamente a la de Mi, para volver luego a la de Do. En principio y puesto que se trata de una obra bastante larga, parece, según esos datos, que se trata de un caso de considerable estatismo. La única información que en ella encontramos consistentemente está en el plano del timbre, del color instrumental: a cada repetición, la



Ejemplo 1



Ejemplo 2



Ejemplo 3